

VIA



II

EL CAMPO DE LOS MUTILADOS



AL albor, todas aquellas que por la noche eran masas inertes de arrieros dormidos, ya se habían reanimado, y céleres se movían de una parte á otra. Los arrieros aparejaban sus recuas y las cargaban con el fardaje sacado del corredor. Al reposo habían sucedido las carreras, el desalarse preparando la partida; y al silencio el estridente silbar, los gritos destemplados y el chasquido de trallazos en las patas de las balgaduras, para obligarlas á colocarse junto á las cargas. Desbautizábanse aquellos hombres impacientes, y tempestaban con improperios y maldiciones al repartir azotes en el arria, y al levantar los pesados bultos.

Nuestros mozos ensillaron aína, liaron las cammas, atáronlas sobre la mula en que llevábamos nuestras maletas y la tienda de campaña, y salimos del mesón al tiempo de pasar por enfrente la

Ita
di-

diligencia de Ixtlán á Tepic, sin un pasajero, y llena de balijas del correo, que se sangoloteaban en el piso y los asientos, y asomaban por los ladillos.

Aquella aldea negra, la primera en que tocábamos de las poblaciones sentadas al pie de El Ceboruco, construida desde los cimientos con piedras y cenizas del volcán, amasadas con el agua de sus ocultos venajes, se halla al pie de Las Lomas del Destiladero, que el tercer periodo de erupción amontonó entre las cumbres de El Tequepexpan, El Molcajete Grande, El Molcajete Chico, Las Puertas y Los Encinos, en cuyas faldas se reclinan, llenando con aquella altísima conglomeración de montañas dislocadas y que al parecer se desmoronan, el espacio que entre éstas dejaron vacío las erupciones de los dos primeros periodos, y que mide cerca de cinco kilómetros de anchura al frente de la carretera, y quince de longitud hacia El Molcajete Chico, que se encumbra detrás de Las Lomas.

A medio kilómetro y á la izquierda del camino se emburujan estos áridos promontorios de rocas negras, ceniza y piedra pómez, hasta la altura de seiscientos metros, como los primeros inaccesibles peldaños de una gigantesca gradería irregular de cerros que llega hasta los cráteres superiores. En la mañanica, resalta su negrura al dibujarse sus contornos sombríos en el firmamento de levante, iluminado con la claridad del sol naciente.

La carretera y la planada que se extiende hasta el volcán, se presentan predregosas, y á ciertas distancias se ven disformes roquedos medio enterra-

dos. Entre el pedregal gris de hierro crecen mimosas, y sus flores blancas aumentan la melancolía fúnebre de aquellos luctuosos parajes. Con la menuda lluvia matinal, el campo está más fresco, el verdor de la herbosa vegetación más vivo, el suelo y El Ceboruco más negros.

Aquellas acumulaciones de basaltos, lavas y cenizas parecen nevadas á trechos: su obscuro fondo está sembrado de manchas blanquísimas y uniformes: nubecitas albicantes del vapor que de pequeñas fumorolas abiertas en declivios y laderías, sale sin intermisión, en innúmeras espirales, que á la altura de media vara se dilatan un poco, formando cono invertido, y se desvanecen.

Quedan atrás esas Lomas húmosas, que vahean por mil respiraderos, y la carretera corre frente á la cumbre más elevada del volcán, después de La Coronilla, que le excede en ciento diez metros de talla, y es la de Los Encinos, donde basaltos, lavas, ceniza y piedra pómez del primer periodo de erupción se congloban hasta la altura de mil trescientos cincuenta y cuatro metros sobre Tetitlán. Sus faldas se retiran de la estrada como un kilómetro, y hay lugares en que el campo está limpio de pedrisco; no se ve una pedrezuela.

El camino bordea después la montaña Nueva que formaron lavas y cenizas del periodo reciente de erupción, y que avanza hasta la carretera tanto como Las Lomas del Destiladero, y ya cerca de Uzeta mucho más se aproxima.

Pasamos por enfrente de la cadena de rocas, cu-

yas aristas la tarde anterior, cuando contemplábamnos el volcán desde la salida de El Monte de los Cuartos, nos parecían, y aun á menor distancia parecían, cabezas, brazos y piernas de gente que va subiendo.

Entre la cumbre de Los Encinos y el brazo que La Coronilla alarga al sudoeste, ensancha la nueva montaña el corpazo secular de El Ceboruco. Al contemplar ese derrocadero de lavas vomitadas por aquel monstruo tres veces trifauce, en los seis años de su último período de erupción, que de más de mil metros de altura, desde el pie de la tercera de las fumarolas que dividen los dos cráteres principales, resbalan miriadas sobre miriadas, alternando con los rimeros altísimos de rocas negras, los de ceniza y piedra pómez, se ve la magnitud del desastre, y se siente la emoción del cataclismo. Adivínanse los estremecimientos terroríficos del suelo, los estampidos profundos, el fragor horrísono, las sacudidas vertiginosas de la montaña al elevarse en su seno, desde hondura inconcebible, el río hirviente de rocas combustas, al abrirse el anchuroso cráter por donde se derramara, y al precipitarse de tan alto, envuelto en fogaradas gigantes y en densas nubes de vapores que ascendían á centenares de metros, se ensanchaban y se esparcían, oscureciendo sierra, llano y pueblos, amortajados con un sudario de ceniza. Siéntese la inquietud de los habitantes de aquella región el 16 y 18 de febrero de 1870, en que se anunció con terremotos y truenos formidables el torbellino subte-

rráneo de rocas fundentes que pugnaba por abrirse salida; se experimenta el terror que despobló los lugares comarcanos aún antes del 23 de febrero, día en que aparecieron las fumaradas de oscuros vapores asaltando el firmamento, y la lluvia de ceniza llenando el espacio, y en que comenzaron á volar, disparados del nuevo cráter, los basaltos ru-sientes, á despeñarse á la llanura los ríos de lumbre y á arder, al contacto de las lavas que corrían por ellas, ó á asurarse por el caldeamiento del suelo y del aire, las selvas centenarias crecidas en la cumbre de Los Encinos y rama sudoccidental de La Coronilla, en el decurso de los siglos que mediaron entre los períodos de erupciones cuarto y quinto.

Avanzando al pie de aquella montaña, por la planicie cubierta de masas negras, yerba húmeda y pálidas flores, llegamos al riachuelo de Los Cuates, que atraviesa la carretera, engrosado por sus confluente, El Nuevo, nacido en la montaña Nueva, y el del Destiladero, que separa las Lomas de ese nombre y la cumbre de Los Encinos, y fluye desde aquéllas, despeñándose de considerable altura, por sombrío lecho de basaltos y arena. Antes de vadear el de Los Cuates, nos apeamos de las caballerías, y en las cuernas bebemos de sus incoloras aguas, negras en el cauce, y potables aunque un poco salobres y astringentes. Nuestras *remudas* inclinan la cabeza hacia el arroyo, les quitamos los frenos, y meten los befos en las templadas linfas de aquella silenciosa corriente.

No muy distante de la nueva montaña está Uze-

ta, caserío alineado á los bordes de la carretera, sobre el pedriscal y las arenas oscuras que cubren el suelo. Cruzamos por en medio de su doble fila de chozas, en cuyos cobertizos hay mesas con cigarros y botellas de Tequila, ó con pan y vasos de leche, de venta para los pasajeros.

A breve distancia de El Ceboruquito, otro caserío de varas y zacate entre ficos opulentos, negro como el suelo y la pedrea en que se asienta, y donde también se ofrece leche, pan vino y cigarros desde las mesas cubiertas con tohallas muy limpias, y rodeadas de sillas en los cobertizos, llegamos á un paraje en que desaparece la vegetación, y á derecha ó izquierda de la carretera se asoman por los cereos cabezas channuscadas y brazos truncos, de cuerpos quemados que se quedaron en actitud de llamar, como pidiendo auxilio: son lavas y rocas basálticas que indican al viajero el teatro de los horrores del cuarto periodo de erupción. La carretera corta en ese punto la corriente de lava que, descendida del volcán, invadió la llanura en más de dos leguas.

Hacemos alto, y desmontamos, para ir á donde parecen llamarnos aquellos brazos levantados y abiertos. Subimos al coto de la izquierda, y dominamos el campo. En su anchurosa superficie se hacinan rocas aherrumbradas, basaltos y lavas que del antiguo cráter brotaron fundidos, y al enfriarse y endurecerse adquirieron forma humana y actitudes de gente que perece en una catástrofe. Aseméjense á las víctimas de un incendio, y

las ampollas del hervor de su masa, que aun se ven, son iguales á ciertas quemaduras en el hombre.

No se conglomeran demasiado esas rocas en caos, y sus montones no impiden dominar desde la pequeña altura de la cerca la dilatada extensión que ocupan. Tendiendo por ella la vista, parece un mar de oleaje negro, que en un momento de agitación se petrificara.

Duralis y yo mandamos descargar las provisiones bucólicas y la tienda de campaña, y que dos mozos nos siguieran con ellas, mientras el otro se iba con las *remudas* al cortijo inmediato—Puerta del Ceboruco—para regresar por nosotros á las tres de la tarde (eran las nueve de la mañana). Cumplida nuestra orden, emprendimos la caminata por la confusión caótica de basaltos y lavas.

A medida que nos internamos en la roqueda, es más viva la ilusión de que aquel campo está cubierto de cadáveres mutilados: cada mármol de color de hierro figura un cuerpo humano ennegrecido por la combustión, decapitado, sin antebrazos, sin muslos ó sin piernas, ó bien con cabeza deforme, sin facciones y con extremidades dislocadas y torcidas. Diríase que aquellas gentes, abrasadas por el fuego, huían, se tendían la mano, caían unas sobre otras, se arrastraban desesperadas, y que murieron en la carrera, en un revuelco, tartaleando, al estrecharse, al esconderse entre las que se apiñaban; y se imagina uno descubrir rostros desfigurados por las ampollas, y notar su expresión de espan-

de suprema angustia, ó las muecas de intensísimos dolores.

Pisamos en la pétreo cabeza de un mutilado, en el húmero, en el fémur de otro, en la espalda del que está boca abajo, en el pecho del que parece bo-carriba; nos asimos de los que levantan los brazos y, para dominar mejor la fúnebre extensión, trepamos sobre los que yacen amontonados aquí y acullá. Al vernos caminar por aquel inmenso cementerio de muertos carbonizados é insepultos, en cuya negrura resalta la claridad de nuestros vestidos y parasoles blancos, tomaríase nos por alguna piadosa hermandad consagrada al sepelio de aquellos difuntos, y supondríase que llevábamos uno á la huesa, envuelto en blanco sudario—la balumba de la tienda de campaña—Nos detenemos á descansar, mirando hacia El Ceboruco, erguido en el límite de la pavorosa llanura. Las negras rocas que descienden del cráter simulan gentes que se quedaron momificadas al correr en tumulto, al abrirse paso, al descolgarse para escapar del siniestro. Contemplando el volcán, nos parece que avanza, que se cierne, que se nos echa encima y nos aplasta. Su presencia nos desvanece, y apartamos de él la vista, para continuar nuestra marcha á trancos sobre los cadáveres.

Con pie firme hemos penetrado tres largos kilómetros en el caos de lavas y basaltos que se multiplican asombrosamente á medida que avanzamos; y, gracias á una señal, distinguimos en lontananza la línea de rocas que sobresalen de las albarradas

y se asoman á la carretera como llamando á los caminantes; pero no vemos, como al principio, el sombrero de los que pasan á caballo, ni el rostro de los que se empinan para ver aquella mortandad, ni oímos los gritos y azotes con que hurgan á sus haberíos para que caminen. Lejos del mundo de los vivientes, en medio de la desolación de este campo devastado, nos abandonamos á las emociones penetrantes que esta inmensa ruina despierta. No hay entre las negras masas ni una flor, ni un arbusto, nada que coloree el caos; ni un ave, ni un reptil, ni un insecto, nada que viva y se mueva; ni un zumbido, ni un aleteo, ni un pitío, nada que turbe su silencio de cinco centurias.

Nuestra tienda, desplegada y sujeta con sus cordeles á las rocas, parece sostenida con esfuerzo por aquellas momias que se han enredado las cuerdas al pecho, á los brazos ó á la cintura, y que, echadas hacia atrás, á un lado ó caídas, mantiene derecho el cono de blanquísima lona. Dentro de éste nos sirven de asiento basaltos que parecen derribados allí para tal servicio.

Pasada la refección, tomámos fotografías del campo, de los rimeros de pedrejones en que mejor se representa el hacinamiento de cadáveres humanos, y del tétrico volcán que preside con su inquietante magestad en aquel desastre.

A las cuatro de la tarde estábamos de vuelta en la carretera: nos aguardaban las *remidas* en el mismo sitio donde desmontamos por la mañana, y en el que habíamos puesto, á manera de señal ó miri-

lla, un pañuelo blanco izado en una vara.

Atravesamos Puerta del Ceboruco y El Marquesado. Después del caserío de este nombre se despeja el campo en anchísimo espacio al pie del volcán. Entra la tarde mitigando el calor y reanimando la naturaleza: se levantan ráfagas de viento frescas y aromosas, y despiertan de su desmayo las decaídas plantas: las reses, acarradas durante el sesteo, vuelven á herbajar, ó caminan lentas y graves hacia la población: los yugueros tornan á la escarda, empuñan la esteva y trazan surcos, entonando canciones llenas del melancólico encanto de aquellas soledades, floridas de mimosas y lanceolas: resuena con sus melódicas voces el monte, y el caminante se complace escuchándolas. A largas distancias nos encontramos con familias errabundas, que viajan al tardío paso de los borricos en que van sentadas las mujeres, cubierta la cabeza con ancho sombrero medio envuelto en pañuelo rojo que se atan á la búcula; síguenlas á pie los hombres, cargados con el cuévano lleno de los trastos y la ropa, y entre ésta sentado el chicorro-tín, dormita asoleado y cubierto de polvo.

Llegamos á Puerta de los Juanacastles, y desde ese lugar, hasta Puerta de las Higueras, donde ya se columbra el campanario de Ahuacatlán, pasa la carretera al pié de la frondosa gándara de Los Copales, que se formó de rocas eruptivas, superpuestas con orden y simetría, como si las hubiese colocado la mano del hombre. Entre su crecida vegetación descuellan los copales, que prenden su

raigambre en las resquebrajaduras de los basaltos y lavas. Sepáranse sus montículos por sombrías cañadas que penetran desde la carretera hacia el corazón de la montaña. Esa gándara es el lado meridional de La Coronilla. Levantándose esta cumbre al oriente de los cráteres principales, se asoma á su profundidad, y extiende ese brazo al sur, y otro, de que hice mención, al sudoeste; dejando aislado el cerro de Ahuacatlán de sus hermanas gemelas, Los Encinos y Las Puertas, que brotaron al aparecer El Ceboruco.

Termina esa gándara, y las cumbres que rodean aquellos cráteres se nos ocultan detrás del cono truncado, elevadísimo, de lavas del primer periodo de erupción, que forman dicho cerro, llamado como la villa á que mira de cerca.

El sol se envuelve á ratos en pasajeras nubes, iluminándolas con plateados limbos, y la frescura del campo corre y se esparce. Nuestros caballos recobran su brío, vuelven á su trote airoso, y caminan arrogantes y relinchadores. Al declinar, se acerca el sol á las lejanas sierras, cúbrese á poco la cumbre del cerro de Ahuacatlán con el velo azul, vaporoso de la lluvia que empieza á caer en ella, y el viento que había elevado las nubes se extiende hasta la llanada, y corre por el camino, levantando gruesas polvaredas grises. Atendamos y corremos para llegar á la villa antes de que llueva. Con los truenos repetidos tememos que la tempestad baje pronto al plan: el viento vuela en dirección contraria á la nuestra, nos cubre la

carretera con el polvo y nos quita la vista; pero inclinada la cabeza, apabullado el sombrero, seguimos al galope de nuestras caballerías, sin pararnos. En el cielo brilla perpendicular al horizonte una cinta blanco-rojiza, como si de súbito se partiese la nube dejando ver el fuego que ardiera en su seno, y se llena la campiña de Ahuacatlán con un retumbo sordo y prolongado.



III

POR LAVAS Y BOSCAJES



A la incierta claridad, en la quietud y frescura del amanecer, atravesamos la calle principal de Ahuacatlán, flanqueada de soportales, donde había gente dormida entre los canastos y cajones de frutas y hortalizas que allí se venden. Pasamos por el estrecho puentecillo en que no caben de frente dos personas á caballo, levantado en el río que separa de la mayor parte de la población algunas calles, y seguimos por éstas, sabulosas con la ceniza volcánica. En el blanco caserío cerrado pardeaban las vetustas puertas, encima de pedruscos colocados á guisa de escalones.

Tomamos hacia el oriente el camino de herradura para Jala, que sube á cerrejonés lávicos y basálticos amontonados al pie del cono trunco de Ahuacatlán en el tercer periodo de erupción, el mismo que produjo Las Lomas del Destiladero. A la izquierda de la trocha se levantan las cumbres de El Molcajete